

Empieza a leer 'Poeta chileno' de Alejandro Zambra

Para Jazmina y Silvestre

No hay casa, ni padres, ni amor: solo hay compañeros de juego.

ALAIN-FOURNIER / JORGE TEILLIER

Una técnica que sirve para escribir debe servir también para vivir.

FABIÁN CASAS

I. Obra temprana

Era el tiempo de las madres aprensivas, de los padres taciturnos y de los corpulentos hermanos mayores, pero también era el tiempo de las frazadas, de las mantas y de los ponchos, así que a nadie le extrañaba que cada tarde Carla y Gonzalo pasaran dos o tres horas en el sofá cubiertos por un soberbio poncho rojo de lana chilota, que en el gélido invierno de 1991 parecía un producto de primera necesidad.

La estrategia del poncho permitía que, a pesar de los obstáculos, Carla y Gonzalo hicieran prácticamente de todo, salvo la famosa, sagrada, temida y ansiada penetración. La estrategia de la madre de Carla, en tanto, consistía en simular la ausencia de una estrategia, a lo sumo de vez en cuando les preguntaba, para minarles la confianza, con casi imperceptible socarronería, si acaso no tenían calor, y ellos replicaban al unísono, en el tono titubeante de unos pésimos estudiantes de teatro, que no, que hacía caleta de frío.

La madre de Carla desaparecía por el pasillo y se concentraba en la teleserie, que miraba en su pieza sin volumen –le bastaba el volumen de la tele del living, porque Carla y Gonzalo también veían la teleserie, que no les interesaba demasiado, pero las tácitas reglas del juego estipulaban que debían prestarle atención, aunque solo fuera para responder con naturalidad a los comentarios de la

madre, que a intervalos inciertos, no necesariamente frecuentes, reaparecía en el living para arreglar el florero o doblar las servilletas o realizar cualquier otra actividad de discutible urgencia, y a veces miraba de soslayo hacia el sofá, no tanto para verlos como para que ellos sintieran que podía verlos, y dejaba caer frases como *ella solita se lo buscó o ese tipo es medio caído del catre*, y entonces Carla y Gonzalo, siempre al unísono y cagados de miedo, casi enteramente en pelotas, contestaban *sí o claro o se nota que está enamorada*.

El intimidante hermano mayor de Carla –que no jugaba rugby pero por tamaño y actitud perfectamente habría podido convertirse en seleccionado nacional– por lo general volvía a casa pasada la medianoche y las pocas veces que llegaba temprano se encerraba en su pieza a jugar Double Dragon, pero igual existía el riesgo de que bajara a buscar un pan con mortadela o un vaso de Coca-Cola. Por suerte, en esos casos Carla y Gonzalo contaban con la milagrosa ayuda de la escalera, en particular del segundo –o penúltimo– peldaño: desde que sentían el escandaloso chirrido hasta el momento en que el hermano mayor aterrizaba en el living transcurrían exactamente seis segundos, que era tiempo suficiente para que se acomodaran en el interior del poncho hasta parecer dos inocentes desconocidos que capeaban el frío juntos de puro solidarios.

La futurista cortina musical del noticiero marcaba, cada noche, el final de la jornada: la pareja protagonizaba en el antejardín una apasionada despedida que a veces coincidía con la llegada del padre de Carla, que subía las luces y hacía rugir el motor de su Toyota a manera de saludo o de amenaza.

– Este pololeo está durando demasiado –agregaba el hombre, alzando las cejas, cuando estaba de humor.

El trayecto de La Reina a la Plaza de Maipú tomaba más de una hora, que Gonzalo dedicaba a leer, aunque la menguante luz de los focos solía impedirselo y a veces debía conformarse con entrever un poema a la rápida aprovechando la detención en alguna esquina iluminada. Todas las noches lo retaban por volver tarde y todas las noches Gonzalo juraba, sin la menor intención de cumplir su palabra, que en adelante regresaría más temprano. Se dormía pensando en Carla y cuando no podía dormir, como pasaba con frecuencia, se masturbaba pensando en ella.

Masturbarse pensando en la persona amada es, como se sabe, la más fogosa prueba de fidelidad, en especial si las pajas están,

como dicen las propagandas cinematográficas, rigurosamente basadas en hechos reales: lejos de perderse en improbables fantasías, Gonzalo imaginaba que estaban en el sofá de siempre, cubiertos por el poncho chilote de siempre, y la única diferencia, el único elemento ficcional, era que estaban solos, y entonces él se lo metía y ella lo abrazaba y cerraba los ojos con delicadeza.

El sistema de vigilancia parecía infranqueable, pero Carla y Gonzalo confiaban en que la oportunidad se les presentaría pronto. Sucedió hacia el final de la primavera, justo cuando el estúpido calor amenazaba con estropearlo todo. Un rotundo frenazo y un coro de alaridos interrumpieron la calma de las ocho de la noche –habían atropellado a un mormón en la esquina, así que la señora salió disparada a copuchar, y Carla y Gonzalo comprendieron que el anhelado momento había llegado. Considerando los treinta segundos que duró la penetración y los tres minutos y medio que tardaron en limpiar el poco de sangre y en asimilar la desangelada experiencia, el proceso completo tomó apenas cuatro minutos, tras los cuales Carla y Gonzalo se sumaron sin más a la turba de curiosos que rodeaban al joven rubio que yacía junto a su bicicleta rota en la vereda.

Si el joven rubio hubiera muerto y Carla hubiera quedado embarazada, estaríamos hablando de un ligero desequilibrio en el mundo a favor de los morenos, porque un hijo de Carla, que era bien morena, con el aún más moreno Gonzalo, no podría haber salido rubio, pero nada de eso pasó: el mormón quedó cojo y Carla ensimismada y tan adolorida y triste que durante dos semanas, valiéndose de pretextos ridículos, se negó a ver a Gonzalo. Y cuando lo vio fue solamente para terminar con él, «cara a cara».

En defensa de Gonzalo hay que decir que en esos desdichados años la información circulaba escasamente, sin ayuda de los padres ni consejos de profesores u orientadores educacionales, y sin el auxilio de campañas gubernamentales ni nada por el estilo, porque el país estaba demasiado preocupado de mantener a flote la recién recuperada y tambaleante democracia como para pensar en cosas tan sofisticadas y primermundistas como una política integral de educación sexual. De repente liberados de la dictadura de la infancia, los quinceañeros chilenos vivían su propia transición a la adultez fumando hierba y escuchando a Silvio Rodríguez o a Los Tres o a Nirvana mientras descifraban o intentaban descifrar toda clase de miedos, frustraciones, traumas y perplejidades, casi siempre mediante el peligroso método del ensayo y error.

Entonces no había, por supuesto, miles de millones de videos online promoviendo una idea maratónica del sexo; si bien Gonzalo conocía publicaciones como *Bravo* y *Quirquincho*, y alguna vez había digamos que «leído» unas *Playboy* y unas *Penthouse*, nunca había visto una película porno, de manera que tampoco contaba con apoyos audiovisuales para comprender que, desde cualquier perspectiva, su performance había sido desastrosa. Toda su idea de lo que debía suceder en la cama se basaba en el entrenamiento ponchístico y en los relatos fanfarrones, vagos y fantasiosos de algunos compañeros de curso.

Sorprendido y desolado, Gonzalo hizo todo lo que estaba a su alcance para volver con Carla, aunque todo lo que estaba a su alcance era nada más que insistir cada media hora por teléfono y perder el tiempo en un infructuoso lobby con un par de falaces mediadoras que no pensaban ayudarlo, porque les parecía inteligente, tincudo y divertido, pero comparado con los incontables pretendientes de Carla lo encontraban poca cosa, un bicho raro de Maipú, un infiltrado.

A Gonzalo no le quedó más remedio que apostar todo a la poesía: se encerró en su pieza y en tan solo cinco días se despachó cuarenta y dos sonetos, movido por la nerudiana esperanza de llegar a escribir algo tan extraordinariamente persuasivo que Carla ya no pudiera seguir rechazándolo. Por momentos olvidaba la tristeza; al menos por unos minutos primaba el ejercicio intelectual de arreglar un verso cojo o de atinarle a una rima. Pero a la alegría de una imagen a su juicio lograda le sucedía de inmediato la amargura del presente.

En ninguna de esas cuarenta y dos composiciones había, por desgracia, genuina poesía. Valga como ejemplo este para nada memorable soneto que sin embargo debería figurar entre los cinco mejores –entre los cinco menos malos– de la serie:

El teléfono es rojo como el sol
el teléfono es verde y amarillo
te busco día y noche y no te pillo
camino como un zombi por el mall.

Soy como una piscola sin alcohol

soy como un peregrino cigarrillo
deformado en el fondo del bolsillo
soy como una ampolleta sin farol.

El teléfono suena todo el día
y es bastante improbable que sonría
me duele el corazón y las orejas

me duele un premolar y hasta una ceja
es verano o invierno o primavera
y es bastante probable que me muera.

La única presunta virtud del poema era el dominio esforzado de la forma clásica, lo que para un joven de dieciséis años podría considerarse meritorio. El terceto final era, por lejos, lo peor del soneto, y también lo más auténtico, porque, a su manera tibia y escurridiza, Gonzalo sí que se quería morir. No tiene gracia que nos burlemos de sus sentimientos; burlémonos mejor del poema, de sus rimas obvias o mediocres, de su sensiblería, de su involuntaria comicidad, pero no subestimemos su dolor, que era verdadero.